

amor perdona Dios al pecador; y por amor debe el pecador darse á Dios: *Convertimini ad me in toto corde vestro.*

II.

La Iglesia, al poner la ceniza sobre nuestras cabezas, nos recuerda: 1.º La nada á que el pecado ha reducido al hombre: 2.º La nada á que la gracia divina quiere reducir al hombre: 3.º La nada á que le reducirá pronto la muerte, si no se convierte.

I. El hombre es grande á proporción que se acerca á Dios: alejándose por el pecado de su Criador, que es el sér esencial, queda en cierto modo reducido á la nada.

II. La gracia se esfuerza también á reducirla á la nada; pero á una nada que es fuente de felicidad. Hablo de la humildad cristiana. Jesucristo anonadó, en algun modo, su divinidad, su humanidad, su santidad. Humille, pues, el hombre su espíritu, su carne, su amor propio.

III. Bien pronto la muerte reducirá nuestro cuerpo á polvo: quedará como anonadado; y si el pecador no hace penitencia, su alma quedará también como anonadada en el infierno.

DIVISIONES.

CENIZA. — La Iglesia quiere que nosotros consideremos en este polvo: 1.º La imagen de nuestra nada. 2.º El modelo de nuestro sacrificio.

CENIZA. — La Iglesia nos presenta la ceniza al principio de la cuaresma para enseñarnos, que nuestra penitencia debe comenzar por la humildad.

La Iglesia nos pone la ceniza en la frente para enseñarnos, que la fuerza de nuestro espíritu no debe impedirnos de velar sobre nuestra fragilidad.

La Iglesia bendice la ceniza y nos la reparte, haciendo con ella la señal de la cruz, para significarnos, que nuestras miserias pueden ser el remedio de nuestros pecados.

Véase: MUERTE.

CENTURION.

Populus quem non cognovi servivit mihi.

Un pueblo á quien yo no conocía, se sometió á mi dominio.

(Ps. xvii, 45.)

Con estas palabras que, inspirado de Dios, pronunció el real Profeta, según el testimonio de los Padres y de los Intérpretes, quiso el Señor anunciar al mundo, ocho siglos antes de su cumplimiento, el misterio de misericordia de la conversión de nosotros, pobres gentiles, á la religion del Mesías. Con efecto: nosotros los gentiles éramos aquel pueblo que Dios, al parecer, tenía olvidado, y que apenas conocía; pero nosotros manifestamos, desde luego, deseos de conocer el verdadero Dios, dispuestos á recibirlo, dóciles á escucharlo, y fieles á obedecerlo.

Más, no satisfecho el Señor con haber anunciado con las palabras de su Profeta este misterio de su infinita bondad para con nosotros, aun antes de cumplirlo por el ministerio de sus apóstoles, se dignó manifestarlo en la persona del Centurion, de quien habla el Evangelio; porque Jesucristo quiso, que todo cuanto practicó en su vida en el órden visible y real, se entendiese también en un sentido místico y espiritual. Y por esta razón, el Señor, en sus milagros, no solo hacía obras de omnipotencia, sino que revelaba, al propio tiempo, verdades importantes; y mientras llenaba de admiración á todos los que observaban sus actos, procuraba también la instrucción de los que le escuchaban.

Procuremos, pues, entender en su sentido misterioso y profético, el milagro que nos refiere el Evangelio de hoy, en el que fué figurada y principió á cumplirse la verdadera conversión de los gentiles; y en la fe del humilde Centurion veamos la prenda y el modelo de la nuestra. ¡Mil veces dichosos nosotros si, imitando sus sentimientos y sus obras, podemos alcanzar también su galardón! Pidamos esta gracia por la intercesión de la Virgen. A. M.

1. Había predicado el Señor al pueblo en la cima de un monte, y curado al leproso al pié del mismo monte, y desde allí, dice el evangelista, que entró en Cafarnaum: *Cum impleset omnia verba sua in aures plebis, intravit Capharnaum.* Luc. VII, 1. Esta circunstancia encierra un misterio, y significa, que el Señor, despues de haber cumplido su mision de curar á los judíos, figurados en el leproso judío, habia de pasar, un dia, á recoger mayor fruto entre los gentiles, figurados en el criado del gentil Centurion, que Jesucristo viene á curar á Cafarnaum. Con efecto; Cafarnaum, palabra que significa *la ciudad de la grosura*, fué una figura de la Iglesia formada de los gentiles, y que ha sido colmada por la bondad divina de la *grosura* de las gracias espirituales. ¿Qué más? El Centurion mismo nos descubre mucho mejor el mismo misterio, supuesto que era romano de nacimiento, militar de profesion, y de religion gentil.

Este Centurion tenia un criado á quien estimaba mucho, pero que, acometido de una parálisis aguda, yacia enfermo, abatido, víctima de agudísimos dolores, y próximo á exhalar el último suspiro. Habiendo sabido el buen Centurion, que Jesucristo habia llegado á Cafarnaum, envióle algunos de los ancianos ó senadores de los judíos, á suplicarle en su nombre, que se dignára salvar á su criado de una muerte próxima. Más, ¿por qué envia el Centurion á otros, y no va él mismo á solicitar una gracia, que tanto desea alcanzar? El evangelista nos lo dice, advirtiéndonos, que este hombre, manso de espíritu y humilde de corazon, como extranjero y como gentil creíase indigno de comparecer ante la presencia de Jesucristo. Por esta razon, habiendo oido que el Señor iba á visitarle, le envió á decir por sus amigos: Señor, no te tomes esa molestia, que no merezco yo que tú entres dentro de mi morada: por cuya razon tampoco me tuve por digno de salir en persona á buscarte; para otorgarme la merced que te he pedido, no es necesaria tu presencia; di tan solo una palabra, y sanará mi criado.

Pero cuanto más se reconoce y se confiesa el Centurion indigno de recibir á Jesucristo en su casa, tanto más se apresura Jesucristo á ir á ella; y vencida ya la repugnancia de su humildad en vista de tan gran dignacion, salió entónces al encuentro del Señor. ¡Cuán bellas son estas palabras: «El Centurion salió al encuentro de Jesús!» Con ellas quiso indicar el evangelista, el deseo de acercarse el Centurion á Jesucristo, no tanto con el cuerpo, cuanto con el espíritu. Así como la Hemorroisa consiguió tocarle mejor que las turbas, que lo oprimian por todas partes, porque su fe era mayor, del propio modo

obró el Centurion, saliendo al encuentro de Jesús, impulsado de su ardiente fe.

Observad, empero, que el Centurion no pensó en implorar la omnipotencia de Jesucristo, sino despues de haber oido hablar de sus prodigios, y de haber entrado en Cafarnaum; y que no se presenta á Jesús, sino cuando Jesús se ha acercado á él, lo ha prevenido, é iba á encontrarle. Con esto quiso darnos á entender el Señor, que, si bien nuestros padres gentiles, al abrazar tan prontamente la fe, habian de salir como al encuentro de Jesucristo, no habia de suceder así sino despues que el mismo Jesucristo, en la persona de Pedro y de los demás apóstoles, viniese, primero, á encontrarnos por medio de la predicacion evangélica. Si nosotros pensamos en Dios, es porque Dios pensó primero en nosotros; y la fe santa y pura que profesamos, el mayor de nuestros bienes, ha sido el más gratuito y el más generoso de sus beneficios.

Habiendo llegado el Centurion á la presencia del Salvador, se postró á sus piés en ademan suplicante, y le repite con sus lábios la súplica que le habia hecho por medio de sus amigos, diciéndole: Señor, te he rogado que tengas piedad de un criado mio, que tengo en casa paráltico, y padece muchísimo. *MATTH. VIII, 5.* « ¡Oh súplica llena de confianza! El Centurion nada más añade á estas palabras: no ruega á Jesucristo que le cure el siervo; se limita á manifestarle la miseria y la enfermedad: y con respecto al remedio, se remite á la bondad del corazon amoroso del Salvador; manifestando así, que lo creia tan inclinado á apiadarse, y tan pronto para socorrer, cuanto era sábio para comprender y poderoso para obrar. Considerad igualmente la manera de expresarse el Centurion: *Domine, puer meus jacet in domo paralyticus, et male torquetur*; porque, ¡cuán significativas son estas breves palabras! Al propio tiempo que forman el cuadro más lastimoso de la enfermedad del criado, á quien representan abandonado sin remedio á un estado el más deplorable de inmovilidad, nos descubren toda la caridad que abriga el corazon de su señor. Este hombre, verdaderamente piadoso, habla de su criado con la misma ternura, con el mismo dolor, que si fuese su hijo.

Más esto no debe sorprendernos; porque ved aquí como discurría para sí el Centurion: Si este jóven es mi criado, yo soy criado del Criador. Mi criado tiene en mí un señor en la tierra; pero yo tengo en Dios un señor infinitamente más grande en el cielo. Luego, si yo no uso de misericordia con mi criado, ¿cómo podré esperar que Dios la use conmigo? De la misma manera deberian pensar todos los que tienen domésticos y criados; de este señor gentil deberian apren-

der todos los amos cristianos á tener compasion de las enfermedades de sus domésticos, á tratarlos con cariño, y á suplicar por ellos; á atender á la salud de sus cuerpos, y mucho más á la de sus almas.

Más si despreciar y tiranizar á los domésticos es lo mismo que negar la fe, dice san Pablo, mirar por ellos y compadecerse de sus infortunios es lo mismo que proclamarla; y por esta disposicion de su buena indole fué por lo que adquirió la fe el Centurion: porque la preparacion mejor para la fe es la caridad, y ninguna cosa nos atrae tanto la misericordia de Dios como el ejercicio de la misericordia con el prójimo. En efecto; ved con que solicitud y con que amor responde Jesucristo al buen Centurion, que, afligido, le ruega solo por amor: Buen hombre, le dice, no te aflijas: yo mismo iré y curaré á tu criado: *Et ait illi Jesus: Ego veniam, et curabo eum.* MATH. VIII, 7. ¡Oh palabras de complacencia y de dulzura! Muy grande es el poder de Jesucristo, que, con una sola palabra, pudo obrar el milagro; pero mayor es su humildad, porque siendo hijo eterno de Dios, se ofreció á visitar personalmente á un miserable criado del hombre.

Pero este acto de complacencia, estas bondadosas palabras del Salvador, fueron un rayo de luz para el alma del buen Centurion, que le descubrieron la majestad, la grandeza y la divinidad de Jesucristo, oculta bajo el velo de la humanidad; y un impulso de la gracia, que le hizo admirarla, adorarla y amarla. Así es, que conternado, confuso y perplejo entre la admiracion y el agradecimiento, entre la humildad y el amor: ¿Qué dices, exclama, qué dices, Señor? No, no entrarás en mi casa; porque ¿quién soy yo para recibir un honor tan grande? Si tu bondad te inspira un acto de tanta complacencia, mi indignacion me impone el deber de no consentirlo. Y ya, Señor, añade en el mismo trasporte de la humildad y de júbilo; ya que eres tan bueno, que quieres otorgarme la merced que te he pedido, ¿qué necesidad tienes de venir en persona? ¡Ah! tan solo una palabra, una palabra sola pronunciada por tus lábios, basta para que sane mi criado. ¡Oh palabras, oh discurso hijo de una sincera humildad! El Centurion ruega á Jesucristo que no entre en su casa, por la misma razon que Pedro le rogó que se apartase de su presencia. Esas almas, verdaderamente grandes, temieron, que la indignidad de su pobre hospedaje se tornase en desdoro del divino Huésped. ¿Qué dices? pregunta S. Agustin; ¿dices que eres indigno? Pues precisamente porque te crees y te reconoces indigno, es por lo que te has hecho digno de recibir al Verbo de Dios hecho hombre, no solo dentro los muros de tu casa, sino en lo íntimo de tu corazon. SERM. VI,

DE VERB. DOM. Así que, ¡oh dichoso mortal! tú has recibido ya, tú has hospedado en tí mismo á este Dios Salvador; y no podrias hablar con un lenguaje tan humilde, tan religioso y tan piadoso, si no hubieses ya recibido en tu alma aquel Dios, que te crees indigno de hospedar en tu casa. ¡Hermosa prerogativa del deseo sincero, de la fe humilde y del afecto tierno!

Pero las palabras del Centurion, *Sed tantum dic verbo*, son todavía más misteriosas y elocuentes, y merecen, por lo tanto, una consideracion particular. Eutimio asegura, que con estas palabras quiso decir el Centurion á Jesucristo: «Tú eres Dios omnipotente, y, como omnipotente, no tienes más que manifestar con una sola palabra tu voluntad, y tu palabra será transformada y convertida instantáneamente en un hecho.» Expos. ¡Oh grandeza! ¡oh excelencia de la fe de este gentil!

Pero no hay porque maravillarnos sobre este particular. El conocimiento tan profundo y tan sublime con que este neófito de pocos instantes habla de Jesucristo, no lo adquirió el Centurion del magisterio terreno de la carne y de la sangre, sino de la gracia del Padre celestial. No fué efecto del raciocinio humano, sino de la revelacion divina. No tuvo el Señor necesidad del Centurion para hacer aquello porque habia venido á este mundo. El mismo Jesucristo, con su gracia, iluminó y enseñó á este hombre caritativo, y lo movió, no solo á creer, sino á predicar á los hombres el misterio profundo de la Encarnacion, y, por consiguiente, en la persona de Jesucristo, descendió el Señor hasta el siervo, en la forma de siervo; el mismo Dios vino á buscar al hombre en los despojos del hombre; vino á levantar los caidos, á sanar los enfermos, á libertar los cautivos, á resucitar los muertos. No consistió, pues, el mérito del Centurion en haber conocido este sublime misterio, porque este conocimiento fué gratuito por parte de Jesucristo, sino en haberlo creído y confesado al instante, que lo conoció; y con tal prontitud de asentimiento, con tal plenitud de convencimiento, con tal firmeza de voluntad, con tal humildad de espíritu y con tal fervor de afecto, que, como dice el evangelista, el mismo Jesús, al oirlo, quedó como admirado, diciendo al pueblo que le seguia: En verdad os digo, que ni aun en Israel he hallado fe tan grande. MATH. X. Y verdaderamente, segun observan Orígenes, S. Jerónimo y S. Juan Crisóstomo, á excepcion de María, madre de Jesucristo, y de los apóstoles, que, colocados en un orden particular de gracia, tuvieron un orden particular de fe, la fe de los hijos de Israel, que creyeron en Jesucristo, fué siempre defectuosa é imperfecta. Natanael tuvo necesidad de hacerse violencia pa-

ra creer. El gefe de la Sinagoga no presumió, que Jesucristo pudiese obrar milagros sino donde se hallase corporalmente presente. Marta creía, que Jesucristo podía curar los enfermos, más no que pudiese resucitar los muertos. El Centurion solamente, de profesion militar y de religion pagano, sin discurrir, sin aguardar milagros, apenas conoce, cree; apenas cree, adora; apenas adora, confiesa en Jesucristo un Dios encarnado, inmenso, infinito y omnipotente.

Obsérvese, que este Centurion, respecto á cuya fe, la de todos los judíos convertidos, á juicio del mismo Jesucristo, parecia infidelidad, fué el primer fruto que su gracia recogió del pueblo gentil. El Centurion es el capitan de la milicia cristiana, puesto que fué el primero, no solo en el órden de la conversion, sino mucho más en la perfeccion de la fe; es decir, que fué nuestro jefe, porque fué nuestro modelo. Y esto es lo que quiso indicar el Señor en el hecho de manifestar su admiracion al oír su humilde confesion. Con efecto, por nueva, sublime y perfecta que fuese la fe del Centurion, no podía excitar la admiracion de Jesucristo, porque á la sabiduría infinita, que todo lo prevé y todo lo comprende, ninguna cosa nueva ni inesperada puede ocurrir que excite su admiracion; la admira para enseñarnos, que tambien debemos nosotros admirarla, es decir, imitarla.

¡Ah, qué enseñanza tan magnífica y tan preciosa contiene esta misteriosa admiracion del unigénito Hijo de Dios! El oro y la plata, las riquezas y los honores, los principados y los reinos, que excitan la admiracion y la avaricia de los hombres, á los ojos de Dios no son otra cosa que vanas sombras y flores marchitas, que no pueden atraer sus miradas ni excitar su complacencia ó su admiracion. La fe humilde, por el contrario, Dios la admira, la agradece, se complace en ella; la honra y la recompensa. Y que el Señor quiso darnos esta importante leccion, nos lo da bien claramente á entender el evangelista, diciendo; que, al elogiar Jesucristo la fe del Centurion, dirigió sus palabras al pueblo que le seguia: *Et sequentibus se dixit*. Porque en las muchas gentes que seguian á Jesucristo, estábamos representados los cristianos, que vamos en pos de este amado divino como la Esposa de los *Cantares*, atraidos por el olor misterioso de su doctrina, de sus promesas, de su misericordia y de su bondad. Por tanto, al decir el Señor: «No he hallado hasta ahora una fe tan grande y tan perfecta en Israel,» no solo anunció desde entónces, que la fe de los gentiles seria más excelente que la de los judíos, sino que quiso tambien proponernos la fe del Centurion como modelo de la nuestra.

2. Despues de haber hecho el Señor el panegírico de la fe del Centurion, continuó diciendo al pueblo que le seguia: «Yo os declaro, que un dia vendrán muchos del Oriente y del Occidente, y estarán á la mesa con Abrahan, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; miéntras que los hijos, los primeros herederos de este mismo reino, los judíos, serán echados fuera á las tinieblas exteriores, donde no se hace otra cosa que llorar y desesperarse. *MATTH. VIII, 11 ET 12.*» Y volviéndose despues al Centurion, le dice: «Véte, y sucédate conforme has creido.» Y apenas el *fiat* omnipotente fué pronunciado por la misma boca, que con un *fiat* habia criado el universo, en aquel instante mismo quedó sano el criado del Centurion. ¡Oh, qué admirable es la vida del Salvador! ¡Oh, cómo concurren en ella la revelacion de los misterios, la práctica y el ejemplo de las virtudes! Jesús habíase ofrecido á ir en persona á sanar el criado del Centurion; ¡qué complacencia, qué humildad! Más, porque no se presumiese, que iba personalmente porque no tenia poder para sanarlo con su palabra, estando ausente y con un *fiat*, obró en un instante el milagro. Este último pasaje del Evangelio comprende tambien una magnífica profecía y una figura fiel de los acontecimientos futuros. Estos *muchos*, que dice Jesucristo debian venir *del Oriente y del Occidente*, son los gentiles. Al contrario, *los hijos del reino*, dicen S. Jerónimo y S. Juan Crisóstomo, que son los judíos, porque reinó en ellos por dos mil años el Señor, y á ellos se anunció y se prometió directamente el reino del Mesías. La expresion: Se sentarán á la mesa en el reino de los cielos, significa la eterna bienaventuranza, comparada con frecuencia en la Escritura á un banquete; por el sumo sosiego, la suma seguridad, la suma alegría y la suma satisfaccion que allí se halla. Con efecto; el mismo Jesucristo ha dicho á sus escogidos, en otro lugar del Evangelio: Yo os preparo el reino celestial como mi Padre me le preparó á mí, para que comais y bebais á mi mesa en mi reino. *LUC. XXII, 29 ET 30.* Por otra parte, Abrahan es figura del Padre eterno, por su paternidad; Isaac, del Verbo encarnado, por su sacrificio; Jacob, del Espíritu Santo, por su fecundidad. Luego estar en el cielo con Abrahan, con Isaac y con Jacob, es estar en el paraíso en compañía, en familia, en sociedad de amor con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, y ser eternamente feliz con este amor y con esta sociedad. Añadiendo luego, que los hijos del reino serán echados fuera á las tinieblas, en donde no se hace más que llorar y crujir de dientes, Jesucristo hizo en pocas palabras la verdadera pintura del infierno. Como fuera de este mundo no hay bien alguno más que en Dios, por esta razon, ser echado de la casa de

Dios es perder á Dios, es lo mismo que perder todos los bienes, que en Dios solo se hallan; así como quedar privado de la luz es lo mismo que quedar en tinieblas. El ser, pues, despojado de todos los bienes, es lo mismo que padecer todos los males, porque el mal no es otra cosa que la privacion del bien. Más, como el hombre es alma y cuerpo, el crujir de dientes expresa toda la pena de *sentido*; y el llanto, la pena de *daño*. El uno indica el horror interno, y el otro el externo; y el uno y el otro significan el sumo, el intenso, el profundo, el horrible tormento de los réprobos en el infierno. Ahora bien: al hablar el Señor, de esta suerte, anunció la salvacion de los gentiles en la persona del Centurion, que fué las primicias de ellos, y la reprobacion de los judíos; la vocacion de la Iglesia y la reprobacion de la Sinagoga, la salvacion eterna de los gentiles convertidos y la eterna condenacion de los judíos obstinados.

Más hé aquí, dice S. Agustin, cómo indica el Señor en las palabras: «Muchos vendrán del Oriente y del Occidente,» todas las naciones que existen bajo el sol, el mundo todo, que se comprende en ambos hemisferios, oriental y occidental; y mientras estaba solo entre los judíos, predice claramente el establecimiento de su religion en toda la tierra. Y ¿qué es lo que estamos viendo con nuestros ojos? Vemos los judíos reprobados, y los cristianos llamados á una especie de banquete celestial. Vosotros, hermanos, que me escucháis, formáis parte de este pueblo gentil, que entonces fué anunciado, y ahora se encuentra ya formado. Vosotros sois del número de los que han sido llamados del Oriente y del Occidente, no ya á los templos de los ídolos, sino al reino de los cielos. Y no solo pronunció el Señor la profecía de un misterio tan grande, sino que principió desde entonces á cumplirlo en figura, porque Jesucristo no entró personalmente en la casa del Centurion; más, ausente de ella con la persona, aunque presente con el poder de su majestad, sanó al enfermo. De la misma manera, solo estuvo personalmente presente entre los judíos. La gentilidad no lo vió nacer de una virgen, ni padecer la muerte, ni obrar prodigios. Sin embargo, ausente de la gentilidad con el cuerpo, la ha sanado.

Más, ¡ah! que el oráculo del Hijo de Dios, tan consolador por una parte, cuanto terrible y funesto por la otra, de que *los hijos del reino serian echados fuera*, se está cumpliendo aun en el día de hoy; porque la palabra de Dios, eterna como el que la pronuncia, tiene un eco y una eficacia eterna. Nosotros, los que profesamos la verdadera fe, somos al presente los verdaderos *hijos del reino*. Los infieles esparcidos al Oriente y al Occidente, son los *de fuera*. Y así

como nosotros hemos ocupado el lugar de los judíos, así tambien muchos infieles vienen diariamente del Oriente y del Ocaso á ocupar nuestro lugar, del que nosotros, hijos del reino, somos echados. Contemplad en efecto al Oriente y al Occidente, donde los enviados de la Iglesia, los misioneros, á costa de tantos afanes, de tantos riesgos y de tantas fatigas, derraman la luz del Evangelio en medio de naciones tan bárbaras y tan salvajes, que apenas han conservado la figura de hombres. Pocos años há, aquellas comarcas no eran más que cavernas de fieras, ó de hombres más indómitos, más desenfrenados, y más feroces que las mismas fieras. La idolatría y todos los vicios habian hecho descender aquellos seres humanos al último grado de la brutalidad y de la barbárie. Y ahora, muchas de aquellas hordas salvajes, con haber recibido el bautismo, se han convertido, no sé si diga en hombres celestiales, ó en ángeles de la tierra. Por el contrario; ¿qué ha venido á ser entre nosotros la ley cristiana? Lo que habia llegado á ser entre los judíos la ley mosáica en tiempo de Jesucristo.

Y ¿qué se sigue de ahí? Mientras que de regiones bárbaras, del seno de naciones salvajes y brutales, una gran muchedumbre de almas, poco ha *extrañados al reino de Dios*, despues de haber practicado en la tierra el cristianismo en toda su perfeccion, levantan diariamente el vuelo hácia el cielo, y van á *sentarse á la cena eterna* en compañía de la augusta Trinidad, muchísimos de entre nosotros, verdaderos y legítimos *hijos*, antiguos *herederos del reino de Dios*, perdidos en el lujo, devorados por la ambicion, ávidos de deleites, semejantes á los antiguos fariseos, degenerados hasta el último grado de la corrupcion y de la indiferencia, despues de haber brillado algunos días sobre la tierra con un esplendor innmerecido, son echados á las tinieblas exteriores, al llanto eterno, á la desesperacion inmortal del infierno.

¡Oh cambio funesto! ¡oh tremendo trueque! Más, no desesperemos. Jesucristo quiere usar de misericordia con nosotros, pues aun hace resonar en nuestros oídos las amenazas de su justicia. Esta intimacion tremenda de *echar á los hijos del reino*, y de *admitir en él á los extraños*, nos la repite continuamente á los cristianos en su Evangelio, por la misma razon con que la repitió en otro tiempo á los judíos; es decir, no porque en realidad quiera echarnos del cielo, sino para que, amedrentados con sus amenazas, nos convirtamos á él, y dejemos de merecer el ser echados fuera. Confesemos nuestra justicia, nuestra indignidad y nuestra bajeza, y recogeremos el fruto de nuestra humildad. Hagamos penitencia de nuestros pecados, y á

nosotros tambien se nos dirá: *Sicut credidisti, fiat tibi*; nosotros tambien seremos sanados de nuestros vicios y de nuestras pasiones. Así sea.

CIEGO DE NACIMIENTO.

Præteriens Jesus vidit hominem cæcum à nativitate.

Al pasar vió Jesús á un hombre ciego de nacimiento.

(Joan. ix, 1.)

De todos los hechos que han referido los historiadores sagrados, y de los que han cumplido los santos Evangelios, se puede decir, que ninguno hay en que se hayan dilatado en una relacion más circunstanciada y extensa, y que nos lo hayan representado con los rasgos y colores más vivos, que la curacion milagrosa de este Ciego de nacimiento, á quien el Salvador del mundo abrió los ojos, y en quien quiso hacer resplandecer su gloria. Parece que el evangelista, que nos lo refiere hoy, ha procurado con el mayor cuidado no omitir circunstancia alguna; y la pintura que nos representa, es tan natural y sensible, que creemos, al leer este milagro, que nosotros mismos estamos presentes allí, y que vemos todo lo que pasa. Yo no puedo, pues, amados oyentes míos, complacer mejor á vuestra piedad, que siguiendo palabra por palabra, en este discurso, todo el Evangelio de este dia, para sacar de él todas las saludables instrucciones que se presentarán, y que servirán de edificacion á vuestras almas. En toda la série de este Evangelio observo principalmente dos clases de personas, que se distinguen y señalan en él, y que deben con particularidad ocupar nuestra atencion. Nosotros los oiremos hablar; pero, en cuanto á lo demás, veremos que tiene lenguajes muy diferentes. Nosotros los veremos obrar, pero con sentimientos muy opuestos.

Por una parte, es el Ciego mismo curado por Jesucristo, y bendiciendo en voz alta á su bienhechor; y, de otra parte, son los fariseos enemigos de Jesucristo, exasperados é irritados con una mortal envidia contra nuestro Salvador. Movido del más justo reconocimiento, y teniendo por una obligacion indispensable el confesar y publicar la verdad á gloria de este hombre Dios, que acaba de obrar en favor suyo prodigio tan maravilloso, el Ciego reconoce de buena fe y declara con seguridad el beneficio que ha recibido; nombra al autor, manifiesta todas las particularidades y circunstancias; y se haria él como un delito y como una monstruosa infidelidad, no solamente decir cosa que pudiera oscurecer este milagro, sino callar algo de todo lo que pudiera realzar su lustre. Ved como se explica un corazon recto; y por una regla, en un todo contraria, ved en el ejemplo de los fariseos como se dejan cegar los corazones preocupados, los corazones envenenados; y, en una palabra, que aun expresa mejor mi pensamiento, los corazones interesados. Pues segun los designios de aquellos falsos doctores de la ley, era interés suyo rebajar el mérito de las obras de Jesucristo y desacreditarle, porque él mismo con sus obras los desacreditaba; y por ésto, no obstante la evidencia del milagro hecho en la persona del Ciego de nacimiento, no pueden jamás convenir en él y confesarlo; y aun del mismo tomaban ocasion para calumniar al hijo de Dios y tratarle como á pecador. Con ésto comprenderemos á primera vista, en qué ceguedad es capaz el interés propio de hacernos caer, y en qué ceguedad nos precipita todos los dias como á los fariseos. Y despues aprenderemos y conoceremos por el testimonio del Ciego, á disipar con las luces de la fe las tinieblas del error, y á confundir la mentira con una confesion santa de la verdad. Para hacer que comprendais bien uno y otro, necesito de las gracias del cielo, las que pido por la intercesion de María. A. M.

1. El crédito y reputacion del Hijo de Dios incomodaba á los fariseos, y era contrario á sus intereses. No era necesario más para desacreditarle en su estimacion, y para hacerles creer de él todo lo que la aversion más violenta y el ódio más envenenado era capaz de sugerirles. En efecto; Jesucristo pasaba y era tenido por un profeta y por un hombre de Dios, y ellos estaban convencidos de que era un hombre pecador. Pero este hombre, se les replicaba, hace milagros, y es irreprochable en sus costumbres. No importa, respondian, es un pecador; y nosotros lo sabemos. Pero, ¿cómo lo saben? Porque querian que fuese así, y era interés suyo que se creyera de este mo-